

F R A N C I S C O T A R I O

LA PUERTA
EN EL
MURO

VIÑETAS DE F. CASTRO PACHECO



COLECCION "LUNES"

24

MEXICO, D. F.

1946

F R A N C I S C O T A R I O

LA PUERTA
EN EL
MURO

VIÑETAS DE F. CASTRO PACHECO



COLECCION "LUNES"

24

MEXICO, D. F.

1946

CLASIF.:
ADQUIS: FL-4680
FECHA: 1968
PROCED: Jose Rojas G.
.....

PQ7297
T36P8



CENTRO DE ESTUDIOS
LITERARIOS



FRANCISCO TARIO, nacido en la ciudad de México en 1911, se dió a conocer hace pocos años en las letras mexicanas con un interesante y original volumen de cuentos, *La noche* (1943), al que siguió una novela *Aquí abajo*, publicada el mismo año. A estas obras han seguido otras que su autor no se ha decidido aún a editar: una prolija novela y una extraña y bien construida pieza teatral. Bajo el título de *Equinoccio* están por aparecer en estos días un conjunto de aforismos, epigramas, sentencias y prosas breves que sin du-

da llenarán de perplejidades y sorpresas a sus lectores y moverán hacia su autor la atención de la crítica literaria.

La contribución que Francisco Tario aporta a nuestras letras era sin duda necesaria para completar un panorama excesivamente monótono y tradicional. Todas las nuevas obras son, de alguna manera, prolongación de corrientes literarias ya establecidas y frecuentadas — prosa narrativa de contenido social o de tema rural o histórico, teatro con semejantes temas y, además, psicológico y de costumbres, poesía lírica según las nuevas fórmulas, etc. — y su única función parece ser la de agotar temas y formas literarios cuya creación está ya muy lejana. Ha cesado lo que podría llamarse propiamente invención para ser substituído por variaciones que sólo modestamente mejoran los modelos originales. Las obras de Tario — y con él las de muy pocos escritores más — prefieren, antes que continuar una tradición, crearla por sí mismas aunque tal atrevimiento implique múltiples tanteos y no pocas dificultades.

A propósito de uno de los libros de Tario escribí hace tiempo que los “distinguía un tono de inusitada originalidad y una poderosa materia imaginativa en la que los mundos lívidos y crueles de la locura y de la pesadilla, la obsesión mór-

vida y toda la gama de la danza macabra se expresaban en relatos capaces de interesar con violencia a sus lectores". Y allí mismo hacía notar que, si alguna vez lo llamaban otros temas de inspiración, su tónica se denunciaba muy notoriamente en ese cultivo de lo grotesco, en esa exploración de la infamia y de los túneles del espanto y la angustia de donde podría extraer sin duda sus más ricas creaciones. A esta imagen, con demasiada propensión a la denuncia de lo terrible, creo necesario añadir la existencia de la otra cara, menos notoria, que luego se me ha patentizado. Tanto como esa complacencia en la exhibición de lo grotesco y lo viscoso, alienta en las obras de Tario un afán de pureza y de libertad — visibles en ciertos símbolos insistentes — que orientan secretamente los pasos de su pluma.

Tratando de encontrar el origen de esta complejidad espiritual he pensado en los nombres de Villiers de L'Isle Adam, de Barbey d'Aurevilly y aun del Marqués de Sade. Más tarde he averiguado con decepción para mis suposiciones que Francisco Tario aún no los conoce y no tiene un gran interés por ellos. Sé que, en cambio, es muy constante lector de los novelistas rusos, que ha frecuentado hace años a D'Annunzio y lee ahora con discreto interés a los novelistas contemporáneos. Por todo ello, antes que husmear preceden-

cias y raíces, prefiero describir sus propias particularidades, aunque no pueda evitarme que el dibujo total me lo represente como una mezcla del Jules Renard del Diario y del Conde de Lautréamont. Un Jules Renard al que le sobrara aún cierta dosis de humor negro para encontrar su conmovedor equilibrio de ternura y crueldad; y un Lautréamont afortunadamente menos tumultuoso y repelente.

En sus obras de prosa narrativa carece todavía Francisco Tario de esa justa distribución de elementos que, además del genio, suele forjar las grandes obras. La atención a la conciencia de sus personajes no deja lugar a su topografía, y no pocas veces el juego libre —y aun acumulativo— de situaciones morales hace perder el hilo conductor —y por ende de interés— de la narración. En relatos como La puerta en el muro las diferentes formas narrativas se mezclan libremente; narración, diálogo, soliloquio y quizá memorias del protagonista se entrecruzan en una sinuosa corriente cuyo propósito más claro es la creación de una atmósfera espiritual y el asedio a la psicología de un personaje. Por ello no hay propiamente un principio y un fin, un desarrollo, en este relato; hay un contacto lleno de complejidades con un personaje y sus peripecias, que, si comenzarán por extrañar al lector, concluirán

*por atraerlo a su inquietante juego del que surge
un mundo oscuro y no menos rico de humor que
de tragedia.*

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ.



“Bien ves que nosotros hemos dejado todas las cosas y seguidote”.
(San Lucas, XVIII, XXVIII).

HAY UN trecho largo hasta aquella puerta y, quien no conozca bien el camino, corre el riesgo de extraviarse.

Primeramente las calles son anchas, planas, sin árboles, blanqueadas por el sol y el polvo, con altos edificios azules, rosados o grises; no hay jardines por los alrededores y las casas se levantan sobre la misma acera formando una doble muralla de piedra cuyo objeto nadie conoce. Son numerosas las calles, aparentemente iguales y corren hacia un solo punto lejano, como los tallos de

un ramo de rosas en un florero. Mas, a merced que se avanza en la infinita y calurosa tarde, las casas se hacen pequeñas, los colores se atenúan y uno experimenta el primer impulso en todo el día de levantar los ojos y mirar al cielo. Ya recorrido un buen trecho, no hallaréis sino una calle.

Larga para el hombre, cuyas piernas son quebradizas, no debe serlo así para el tiempo, cuya voracidad y resistencia son insaciables. Se tiende en línea recta, sin protuberancias, como un eucalipto caído, y alguien diría sin pecar de exaltado o tonto que se bifurca en el horizonte. ¡Tal impresión da! Especialmente a estas horas, caminando de Oriente a Occidente, paréceme que el sol descansa al final de ella, quieto allí, reclinado, como un pastor a la sombra de los floridos manzanos. Nadie podría suponer quién habita esas casas silenciosas, sumergidas, de color pizarra, cuyas ventanas están todas cerradas; nadie podría sospechar qué ocurre tras esas ventanas, dentro de esas blancas cortinas, cuya sombra debe ser tan plácida; y mucho menos nadie acertaría a aventurar quién sembró esos árboles, quién cultivó esas flores y a quién se le ocurrió pintar los tejados con unos colores tan vivos que lastiman la vista. En toda la extensión de esta calzada no os sale al paso un perro, un hombre,

un pájaro. Conformaos con la luz. Yo he hecho el recorrido algunos cientos de veces y, ni a una hora ni a otra, jamás tropecé con nadie. De noche, las luces están encendidas —es cierto— mas también lo están las estrellas arriba y nuestra incomodidad en la noche no es por eso más benigna. Tampoco sopla viento y debe hacer algunos años que no cae una gota de lluvia. Tal vez, en virtud de esto último, el polvo del camino sea leve, oloroso y blanco como la arena de una playa. Y tal vez, asimismo, a ello se deba el que los tejados se muestren tan duros. Y que los árboles hayan detenido su crecimiento, ensanchándose furiosa e inútilmente en un impulso constante por estallar. Y que nadie apetezca entreabrir las ventanas y asomarse a ellas, porque al hombre le complace la frescura, el rumor de la lluvia, el olor de la hierba joven y la presencia de las ramas tiernas doblándose bajo el peso de los frutos maduros. No, no: allí no madurarán los frutos, no hay más murmullo que el del silencio, y, si algún extraño día lloviera, la calle se poblaría de gente alegre y bien dispuesta que, sacando mecedoras y sillas de sus casas, se pondría a charlar animadamente, lanzando exclamaciones de júbilo, agitando como aspas los brazos, mirando sin cesar al cielo, en tanto que el agua les chorreaba por la frente, por las ropas, por el vientre y a lo

largo de las desconsoladas piernas. Si algún día lloviera nadie podría transitar por la calle, pues el polvo se transforma en lodo; mas el hombre se sentiría tan satisfecho que se tumbaría a morir allí sobre ese lodo, y los hijos volverían a sus padres, los hermanos a los hermanos, se reconciliarían a reunirse entre sí como las bestias perdidas en la inmensidad de la montaña.

También alguien diría:

—Puesto que llueve es señal de que podemos reanudar nuestras labores.

Aunque nunca falta un escéptico —el que ha visto llover otras veces— que soslaya:

—¿Qué labores?

Y hay quien, al escuchar esto, recoge su mecedora o su silla, empuja la puerta de su casa y vuelve a sumergirse en la sombra de las cortinas blancas, persuadido de que efectivamente en la solitaria y polvorienta calle nada tendrá remedio.

Esto ocurre esporádicamente, de ordinario durante las grandes fiestas de la Primavera, cuando la juventud, el amor y el canto alegre de los pájaros parecen prometerles a los hombres:

—Es bello y admirable vivir, ¿quién lo duda? Tomad vuestras pasiones, hasta el último impulso de vuestra sangre, y dejad la razón en casa. Reuníos pronto con nosotros, pues, contra lo que se supone, la vida es fecunda y pródiga, impere-

cedera la alegría y sumamente razonables y justas las ilusiones del hombre.

Al final de esta calzada hay una puerta. Reflexiono:

—¡Quién quita y hoy sí sea el día!

*
* *
*

Era una mujer limpia, fresca y risueña y propendía a vestirse con telas claras, generalmente estampadas en flores. Peinábase con los cabellos recogidos sobre la nuca y se empolvaba con exceso el rostro. Cuidaba mucho, por otra parte, de sus manos, que sabía mover graciosamente como un niño o dejar caer abandonadas sobre sus faldas en esa actitud un poco religiosa, un poco campesina, un poco como en espera de algo que tienen las madonas italianas, los párrocos de aldea y los miserables idiotas. Gustaba de los sombreros altos —yo diría que extraordinarios— y de las piedras falsas. Y caminaba con sencillez, hasta tímidamente, como una buena esposa. Era tierna, no hay duda, y resultaba comprensible que me hubiese enamorado de ella.

Rara vez se perfumaba. Yo le decía:

—¿Olvidas que te quiero?

No es agradable ver sonreír siempre. Me exasperaba esto.

—¿Hay algo de risible en ello? — le preguntaba.

Y a lo mejor, de espaldas, poniéndose el sombrero, sonreía otra vez. O varias. Me tendía en la cama, viéndola.

—¡Oh, qué miras! — Y se turbaba—. ¿Qué miras de ese modo? ¿No me conoces?

Había sido una vida dura la nuestra. Creo que en el fondo me temía y me admiraba: jamás me lo reveló. Sin embargo, hay algo secreto y común, mudo, terrible, en la convivencia prolongada de las gentes; algo que no es el amor, ni el rencor, ni el hábito, ni la inteligencia, ni el abandono, ni siquiera el orgullo, y, que, a manera del viento que levanta y se lleva el polvo desnudando las rocas, desnuda, expone y anima los sentimientos, las reflexiones, el delirio y hasta los propios ensueños. Ella sufría y es posible que yo compartiera su sufrimiento. Otras mujeres habían llenado en mi vida un vacío.

—Me sacrifico... — balbuceó una tarde. Tenía su orgullo.

—¿Tú me amas? — le preguntaba.

—¿Y tú?

Tampoco replicaba abiertamente; tampoco miraba como hubiera sido preciso en ciertos momen-

tos. Era una buena esposa y caminaba con sencillez, sin ruido, sin pretender inquietar al hombre.

Nos sentábamos sin hacer nada.

—¿Piensas algo? — Y hasta me parecía melancólica.

Debiera haberme dicho:

—“Pienso en las mujeres que habrás amado”.

Recuerdo una vez que la sorprendí llorando. El llanto afea tanto los rostros de las mujeres como los sombreros altos. Me afectó, lo confieso; y me conmovieron sus manos pálidas sobre las faldas, igual que las de los párrocos y los idiotas.

—¿Por qué lloras? ¿Estás enferma?

Hay una mirada que atrae y otra que rechaza; pero hay otra sin sed ni fatiga que invita a permanecer en un mismo sitio. Fué terrible esto último. No obstante, pronunció aquello que aun no olvido y que fué lo único que en realidad merece la pena de recordarse:

—Hace algún tiempo que lloro, ¿no te doy lástima?

Iba a decir:

—“Si de verdad me dieras lástima todo se habría perdido. Te amo; esto ya es distinto”.

En cambio, permanecí de pie, mirando su mirada que no impulsaba a moverse.

—“Solamente el llanto de los niños me conmueve. Así, pues, cállate y escucha”.

Nada de eso dije. Después me acomodé a su lado y hubiera deseado que reclinara su cabeza en mi hombro. Era orgullosa. Y altiva.

—¿Ves cómo llueve? El campo para estas fechas debe estar ya muy hermoso...

Y porque no experimentaba yo ninguna lástima huyó hasta su alcoba.

Rara vez se perfumaba. Hoy sí.

—¿Y qué perfume es ese?

Debía ser el Otoño y ella se sentía a gusto en su vestido de flores. Incluso, me parecía que su cuerpo moviase con una agilidad, un presentimiento, una esperanza desconocidos; que su mirada, contra todo lo establecido, impulsaba a moverse también, a rondar en torno a ella como alrededor de un abismo o una llama y —¿por qué no?— a echarle un brazo por la espalda y contemplar de cerca su rostro excesivamente polveado. Sí, era el Otoño y hasta en la ciudad se advertía su presencia. En esas tardes de octubre puede el hombre emprender los caminos más imprevistos. Puede, igualmente, descubrirse de pronto una nube no vista antes, un aroma jamás aspirado, una razón heroica o el resquicio de alguna puerta cuyo ténue resplandor invita a entrar. ¡Nadie sabe! Ciertamente, durante el

Verano y durante el Invierno y durante cualquier instante de nuestra vida puede descubrirse ese resquicio. Pero tenía que ser en octubre, como tiene que ser un instante preciso aquel en que deba ocurrir esto o aquello.

—Me voy.

—¿Te vas?

No entreveía yo ni remotamente la pérdida.

—Sí.

—¿Volverás pronto?

—¡Nunca!

Y me eché a reír.

“—Está de buen humor la señora” — reflexioné allá adentro.

—¿Y adónde encaminarás tus pasos? ¿Tan lejos, tan lejos...

Se hallaba ante mí, como el espíritu de sí misma.

—Tan lejos — articuló.

Me puse en pie.

—¡Mírame! — le dije.

—Ya te miro. ¿Qué?

No, no había nada en su mirada, como no lo hay en el firmamento lejano y limpio durante los cálidos días del estío.

—¡Mírame, mírame! Todo depende.

—Te estoy mirando. ¿Ya?

Fué la menor conmoción de mi vida. Y de

la de ella. Pude decir adiós o hasta luego y me puse a fumar. Oí la puerta, sus pasos, otra puerta allá abajo, como cuando llamaba el cartero, y en la calle un soplo de viento que estremecía los árboles. Tal vez experimenté algo de frío. Aquel mes había llovido copiosamente y las montañas vecinas se hallaban cubiertas de nieve. Con el silencio, ese frío se acentuó. Miré hacia atrás, en dirección al espejo, y la proyección no me sugirió nada importante. Tuve, eso sí, la visión de una calle extraordinaria, cubierta de polvo, sin perros ni hombres ni un pájaro en el espacio y que se bifurcaba en el horizonte. En seguida, me pareció que el cielo se encapotaba, que algún postigo cedía y que la calle se poblaba inauditamente como en los sueños. Todos parecían confusos y me miraban. Contra la ventana caía la lluvia. Y alguien proclamaba:

—Puesto que llueve es señal de que podemos reanudar nuestras labores.

*
* * *

Tomad una piedra redonda y plana y lanzadla con todas vuestras fuerzas sobre la superficie de un estanque. Tomad después otra piedra igual y arrojadla verticalmente contra el remanso. ¿Qué preferís, sin duda, la carrera loca y

ágil sobre las aguas quietas y la inmersión lenta o el profundo sonido grave de algo que verticalmente desaparece?

—Me gusta ver las ondas ampliarse y llegar a la orilla — decía mi primera amante.

El hecho es que era una mujer sin importancia y con demasiado vello en las piernas. Por si fuera poco, ha muerto y no viene al caso ocuparse de ella.

*

* *

—¡Ah, sí, sí me acuerdo! De la iglesia conservo una idea general muy vaga: algo así como un montón de pedruscos grises con una cruz gris en alguna parte. Podría aventurar que las imágenes eran tornasoladas y crueles y que sobre las gradas del altar mayor se alzaban dos candelabros descomunales. Posiblemente, si los viera de nuevo convendría en que no miden ni un metro. Pero, en fin, durante los atardeceres hacía mucho frío en la iglesia, se veía escasamente por entre las sombras y cuando alguien entraba por la puerta trasera todos nos volvíamos a mirar a un tiempo como si a cada cuál lo llamaran por su nombre. Eramos desmedrados y a usted le inspirábamos una piedad cristiana.

—“A ver, a ver —repetía— Amar a Dios sobre todas las cosas”.

¿Amar a Dios? ¿Amarlo, amarlo? ¿O temerlo, especialmente, cuando usted se encaramaba en el púlpito y con la pesadumbre de quien lleva a cabo un acto feo o deshonesto vomitaba injurias contra los pecadores y prometía el fuego eterno? ¿Cuándo usted, con sus ojos azules tan incapaces, pretendía persuadirnos de que, en efecto, Dios era una cosa horrible?

—“A ver, a ver: Amar a Dios sobre todas las cosas”.

¡Cómo no he de recordarlo! Y sepa, además, que durante las noches de aquellos días uno se arrebujaba entre las mantas, apretaba los muslos y, por precaución nada más, repetía entre dientes la lección del Catecismo.

Ordinariamente mi madre me preparaba algún postre: era la recompensa a una devoción obligada. Y comía de aquel postre hasta hartarme, hasta que se me retorcían las tripas y me entraban náuseas. Mi cuarto tenía una ventana. Era feliz.

—Harás bien en amar a Dios sobre todas las cosas — me aconsejaba ella.

Esto me preocupaba. ¿Efectivamente, era así?

—Si te contara —argüía— que te amo a ti infinitamente más que a El, ¿qué dirías?



—Diría que has pecado y que deberás hacer la Primera Comunión cuanto antes.

Y la hice. Y no fué posible nunca nunca que se llevaran a cabo los propósitos de mi madre.

¡Acuérdese usted! Eramos alrededor de una docena y nos sentábamos en la última banca. Debe usted perdonarme: me distraían sus hermosos ojos azules.

*

* *

Lo primero que oí de Beethoven fué que era sordo. Después, que era sucio, horrible y muy

desdichado. Una tarde —ahí sí no sé en qué parte— escuché algo de su música. Alguien pedía:

—Que se salga el niño.

Un pariente de mi padre me llamaba “El Bandido Terrible”.

—Aquí estoy bien, gracias — dije.

Y me senté con las botas sobre el asiento.

Fué la primera vez que sospeché muy oscu-
ramente que debería existir una calle dolorosa y
sin sombra, de muy extraña topografía, por don-
de Beethoven, el sordo, debería haber paseado en
un tiempo.

*
* *

—¡Por Dios, qué tonta es la gente!

Y qué desdichada. También esto lo recorda-
ré de cuando en cuando.

*
* *

¿Conocéis el juego del “Chorro, Morro, Pico,
Tayo, Qué Dirás Que Es?”

Pues consiste en esto: De diez, ocho o seis
muchachos se forman dos bandos físicamente

equilibrados, que serán los que se enfrenten. Otro muchacho cualquiera, apacible y de buen aspecto, hará de Madre. La Madre, siempre persuasiva, sencilla, se sentará en el primer peldaño de una escalera o en algún muro de poca altura, con las piernas entreabiertas. Los dos bandos echan a suertes y el triunfador se apresta a la lucha. Uno de los sometidos, con las ancas erguidas, apoyará su cabeza en el regazo de la Madre; el siguiente colocará la suya entre las piernas del primero; el tercero entre las del segundo y el cuarto entre las del tercero. De pronto, uno de los del bando contrario, tomando empuje y alientos como el percherón frente a la yegua, saltará sobre sus enemigos para treparse en las costillas del que se ayuda en la Madre. Y así sucesivamente los demás. Naturalmente, el éxito de estas maniobras consiste en caer tan pesadamente sobre los supuestos asnos como sea posible; con la misma brutal alegría y el mismo ardor de quien pretende hacer valer un grave privilegio. Ya todos a cuestras, el primero dice:

—¿Chorro, Morro, Pico, Tayo, Qué Dirás Que Es?

Y muestra uno de los cinco dedos de la mano. La Madre, árbitro infalible, de infalibilidad taciturna, observa. De abajo, aventuran:

—¡Morro!

Y era Pico, puesto que se trataba del dedo medio.

A continuación la historia se repite hasta que los asnos acierten. Así siempre.

Este juego se practica en los colegios, durante las horas de asueto, y provoca en el ánimo un excepcional entusiasmo.

*
* *

Nunca supe —y traté de esclarecerlo a toda costa— por qué se veló aquella placa.

¿Tal vez, de haber ocurrido de otro modo, me habría convertido de golpe en el primer fotógrafo de paisajes o, bien, habría resuelto sin proponérmelo el teorema universal de la invisible enlutada?

*
* *

Hay un cabaret horrible en un pueblo de la costa. Se encuentra situado en una lejana y tenebrosa barriada de pescadores, tan próximo al mar que a marea alta las espumas llegan hasta su puerta, penetran por las grietas de la fachada y con frecuencia tiene uno que descalzarse para entrar en él. Lo conocí una noche.

Es un local muy amplio, dividido en dos salones, el primero de los cuales es el bar. Allí, a altas horas de la noche, siempre hay gente que bebe, chilla o duerme contra una mesa o bajo una mesa. Las mesitas son cuadradas, muy bajas, pintadas de azul añil, como los muros. El techo es alto y negro, opaco, y la luz más turbia todavía, como si se filtrara a través de un colador lleno de nata. De las lámparas cuelgan largas tiras de papel de seda y unos caballitos de cartón con las orejas demasiado solemnes y que, a impulsos del viento marino, revolotean circularmente en el aire o se acometen unos a otros produciendo en el ánimo del más tonto la impresión de que algo terrible puede ocurrir bajo esos caballos de un momento a otro. Sobre una plataforma con dos escalones plateados toca la música. Es una charanga de seis profesores dormidos: seis criminales de la peor ralea que han dejado el mar o la cárcel y se han sentado allí con algo entre las manos donde soplan o golpean, esperando no diré que la Muerte sino la Justicia que les eche mano. Las piezas que tocan son salobres y monótonas y los parroquianos así las exigen, puesto que el baile está sujeto a tarifa y la fricción ha de durar lo suficiente a fin de que unos y otros se sientan satisfechos. Tras las ventanas del bar tiembla la oscuridad misteriosa del océano. Hay

también unos espejos altos, como para gigantes, donde nadie se mira. Y si se da el caso de que alguno lo haga, tópose imprevistamente con un horripilante visitante, verde y cadavérico, que os contempla desde un mundo de cerveza, sonambulismo y conchas marinas. Ni os conocería vuestro propio padre; pero la música suena y esto es lo interesante.

Todo el mundo sabe que no es un cabaret propiamente —sea de la índole o categoría que sea— el lugar adecuado para esparcer una pena, ahuyentar una preocupación grave o mitigar ciertos estados de ánimo rayanos en la desesperación o el remordimiento. El cabaret, sea de topacios, agua marina o sal común y corriente, es un rincón espléndido para el hombre sano y en su juicio, con cierta ilusión por delante, que procura reír alegremente, beber y comer aceptablemente y acariciar con languidez las deliciosas caderas de quien a esto se preste. No obstante, ni alegre, ni muy en mi juicio, ni con la más leve aurora en perspectiva, me arremangué los pantalones aquella noche de marea alta y penetré en el tugurio. Era ya muy tarde —suponía que la madrugada— y tropecé con un escaso mundo de borrachos que, tras haber hecho lo humanamente posible, hallábanse en ese período especial y somnoliento de los humores reseco, las caricias sin consuelo y

los codos sobre la mesa como único apoyo en el sexo y el espíritu. No hablaban ni reían y miraban la mayor parte hacia la puerta. Chinchos o mujeres había algunas entre ellos, y el calor era excesivo. En aquel momento —recuerdo— no sonaba la música.

Ah, sí me senté, y es conveniente saber que me encontraba por aquel tiempo en un período extremadamente difícil de mi existencia.

No era, que se diga, ninguna tragedia especial mi vida, sino que me hallaba... relativamente enfermo. Convaleciente, sería más justo. Rara vez visitaba el mar y esta vez lo hacía huyendo de ciertos excesos que el doctor dió en llamar prohibitivos. Me explicaré. Había quebrantado mis nervios en una tensión endiablada, y, los nervios, tan resistentes en mí a cualquier esfuerzo de toda índole, habían cedido como los maderos de una construcción defectuosa. Eran prolongadas e inquebrantables mis jornadas ante la mesa e innumerables y borrascosos mis excesos amorosos. Fué una época sórdida y grave, angustiosa y sombría, que pudo llevarme a la muerte — de no haber buscado el remedio a tiempo. Como resultado de todo esto, bebía mucho, fumaba y consumía el café por litros. Recuerdo algunas madrugadas —las que me anunciaron el colapso— sentado impávidamente

en la cama, obnubilado y confuso, como en un pasmo de epilepsia. Recuerdo las noches dilatadas, catastróficas, sentado ante mi mesa, repitiendo sin cesar una misma palabra a la que no hallaba modo ni manera de que sucediera otra. Y recuerdo, tiempo adelante, aquellas crisis poco aparatosas, más terribles, ciertas ondas de locura, durante las cuales con el rostro de un muerto asomábame a la claridad helada del espejo sin encontrar la razón, el sentido y la memoria, perdido —me imaginaba— en un pozo de oscuras cenizas o en un aceitoso mar de olas amarillentas donde mi propio cuerpo se diluía. Recuerdo mis turbulencias afectivas, el desorden brutal de mi espíritu, la trepidación de mis arterias, los gritos desgarradores y trágicos de mi conciencia que agonizaba. Diríase que el mundo actuaba con una vertiginosidad y resonancia desusadas, incomprendibles para mí, y que me producía el estupor de quien a cada objeto que toca se le adhiere reciamente a las manos. Y los objetos eran blandos, serosos, y no había puerta lo suficientemente sólida que permitiera ser abierta. No seguía adecuadamente el curso de los acontecimientos y, en cambio, comprendíame perseguido atrocemente por ellos; ni seguía el ritmo del hombre que vive, sino de aquél cuyos pies abandonaron la tierra y cuyos nervios autónomos a fuerza de pro-

longarse y desgarrar la piel han echado raíces en el vacío, captando lo que en él se desarrolla y que resulta para los demás inasible. Por olvidar, había olvidado de reírme — que es el más cruel anuncio de todo colapso.

Muy natural, por consiguiente, que convaleciente de estos males, repuesta mi salud en parte, mi sensibilidad quedase enferma y a flor de piel como una espantosa herida. El mar la curaba; más se advertía su presencia. Veríamos.

¡Cómo bebí aquella noche! Vestida de morado, con los pozos de sus ojos más profundos que la misma noche, ella fué la culpable. Por prescripción médica habíase me vuelto a permitir el tabaco y el ejercicio moderado; mas no el alcohol, entre otras cosas. Debieron ser quince o veinte los vasos que ingerí en pocas horas. Pude o no perder el conocimiento. Y recuerdo ahora muy distintamente los espejos submarinos donde los monstruos de mar substituían a los hombres borrachos, y los caballitos de cartón golpeándose no en el aire sino en la arena, y los músico-criminales apretujados en un rincón huyendo estrepitosamente de la Justicia. Recuerdo que el vestido de ella era brillante, que se le untaba a las ancas como un pulpo en celo y que sus uñas violetas producían la impresión, bajo la luz de leche, de diez sucias y enfermas amatistas. Recuerdo que

se inclinaba sobre mí para encenderme un cigarrillo y que sus senos también se inclinaban como algo destinado a amputarse allí mismo con un cuchillo de los que utilizan las cocineras. También guardo memoria de sus tacones raídos y sus piernas hambrientas, surcadas de venas. Pero tenía los cabellos espesos y lacios y podría besársela, llegado el caso.

He de mencionar cómo intenté el suicidio.

El cabaret, ya digo, hallábase sobre las mismas espumas; mas, para la madrugada, había bajado la marea y se extendía la costa, limpia y rara, invitando a seguirla. A tramos, crecían algunos cocoteros. O había luna o yo me lo su-puse de este modo; la veía. Y no era una luna común y corriente, sino levemente purpúrea, al parecer en extremo pesada y bogaba por entre las nubes con una lentitud insólita. Salimos. Era con objeto de despejar la cabeza. En cuanto a mí, habría seguido cualquier rumbo. Mas no dejaba de ser extraño, para alguien que nos hubiera visto, caminar sin decisión alguna, lentos y pesados como la luna, ajenos y extraños, casi enemigos, sobre las plateadas y lisas arenas. Se comprende que a tales horas baje a la playa un renacuajo extraviado, un pajarito enfermo o una pareja de amantes. También un par de amigos; o de asnos. A la mañana siguiente examiné nues-

tras pisadas y tal parecía que un buen número de personas habían tomado esa ruta. Debía ser cómica y espeluznante la marcha. Pero me hallaba a salvo y esto me produjo alegría.

—Un poco más, otro poco... — Y sujetándola del antebrazo, no le permitía alejarse demasiado.

—De un momento a otro llegaremos. ¿Distingues aquella luz verde?

Era una luz amarilla y el lenguaje de ella vergonzoso.

—Si por aquí no hay nadie —Y avanzaba—. Si aquí o allá da lo mismo. ¿Qué temes?

—Vamos, pues, ¡sígueme! Verás qué admirable es mi casa.

Preguntaba qué tal le pagaría.

—Tengo diez criados y mi mujer duerme. Ella duerme como nadie se imagina y la trasladaremos a cualquier rincón sin despertarla. Entonces tú te meterás en su cama y a lo mejor te quedas allí para siempre. Tengo diez criados que te servirán si yo lo mando.

Lo que buscaba estúpidamente eran unas rocas donde sentarme: en la insensatez de mi estado olvidaba que no había rocas y que sobre la arena puede uno reposar cómodamente.

—¡Ya verás qué bien se duerme entre aquellas sábanas! Toma, te adelanto esto.

La mujer se me reunió y le eché el brazo al cuello. Caminábamos con el agua a la rodilla. ¡Oh, cómo me reí!

—Y tengo otras muchas cosas. Tengo un gran jarrón de porcelana y una mesa llena de trastos viejos y unos cigarrillos de tabaco rubio que endulzan el aire. Tengo un jardín con cerezos y una ventana cubierta de hiedra donde podrás reclinar-te. Tengo jamón y huevos frescos y fruta fresca en la cocina. ¿Sientes hambre? Podrás comer cuanto apetezcas; puedes comer en cuanto llegues, ¿no lo recuerdas? Son diez los criados y se desvivirán por servirte.

Con las diez sucias uñas de amatista apretujaba la cartera, llena de misterios.

—Esto a ti no te importa, pero tengo también tres hijos.

Debían ser algunos los kilómetros recorridos.

—Tres hijos pequeños y rubios que no saben nada de esto.

De pronto se detuvo abominando de ellos.

—¡Verás qué espléndido!

Abracé la idea dúplice y repentina de un suicidio y un crimen.

—¡Tú no sabes! Aventurémonos más adentro.

Es claro que se resisitía y como que reía o lloraba; que lo fresco de la espuma en su cintura le despejaba la cabeza; que advertía por no



sé qué oscuros presagios que la broma era ya excesiva.

—Unos pasos más qué importan...

Resultaba extravagante su mortal terror a que la cartera con los billetes se mojara.

—“¿De qué me servirán mañana?” — levantaba el brazo, mas el agua era ya tan alta que su intento fué del todo vano. Perdió al fin la cartera, que recuerdo como una larva. Ya no se podía hablar, con el agua al cuello. Y mi inmediata impresión fué esta: que tornaba a aso-

marme como tantas veces al espejo de mi alcoba en busca de la razón, la verdad y la conciencia. Mas el espejo era tan inmenso que alcanzaban a proyectarse en él el doctor y mis hijos y mi mujer junto al jarrón de porcelana.

—¡Se ahoga! — gritó alguien tras un biombo.

Y me volví. Tal vez por ser la voz de uno de mis hijos verifiqué el impulso. Yo pensé en ese instante que quien se ahogaba era él.

—“No sería justo” — Y sí, sí me volví.

Fué lo que me salvó la vida, y lo agradezco. Mas no deja de inquietar a uno por las noches la visión de aquel vestido nocturno que se alejaba sobre las aguas revueltas igual que una barca colmada o unos negros labios que sonríen. Sí, era un vestido increíble y chillante con una pobre vida dentro.

*

* * *

Muy bien. Mas hablando de hechos dolorosos, ninguno como recordar que a mi pobre padre, en vida, le triscaban siempre los zapatos. Probad a oírlos sobre unos peldaños de madera, con el carácter de él tan retraído y tímido.

—Tras, tras... tras, tras...

Debía ser inflexible y cruel mi madre, pues-

to que, rascándose los sabañones, solía preguntarle a menudo si de verdad había cubierto su importe.

*
* *

Uno deliberadamente razona y se devana los sesos y jamás en la vida llegará a aclarar debidamente por qué se escribe. Quiero decir, por qué escribe uno. Frente a las páginas dispuestas —tantas, tantísimas horas—, al iniciar un nuevo trabajo, viene a uno de repente la inquietante y quejumbrosa pregunta:

—Está bien, ¿y para qué?

Y con una sola línea entre las cejas, con las puntas de los pitillos en dos hileras, pónese uno a estrujarse el corazón y la cabeza buceando en la horrenda vida de los hombres.

Son los momentos diurnos o nocturnos, pero implacables, en que el viento nos arrebatara las páginas, yergue en alto las colillas ateridas y forma con todos estos elementos, bajo un cielo mortal o inmortal —¡qué importa!— la somnolienta callejuela de polvo donde no se ve a nadie: ni a un perro, ni a un hombre, ni a un triste pájaro en el espacio.

*
* *

La que me abandonó, prorrumpió un día:

—Sí, realmente se vive mejor que por estos rumbos. ¡No sabes qué dichosa me has hecho! De veras.

Eran los tiempos felices.

*
* * *

Cierto día de niebla abofeteé a un tonto que se rió de mi cabeza rapada. En un principio, me divirtió y llenó de optimismo pensar que existiera alguien tan despreocupado y alegre que un incidente tan simple le produjera risa; porque al reír es bien sabido que el hombre se olvida de todo. Y, al olvidarse de algo, significa que no hay mucho de qué acordarse. En fin, consideré que era testigo de algo muy saludable, primaveral y digno de envidia. Mas, a poco, advertí cuán equivocado estaba. Me detuve y le dije:

—Usted perdone.

Fué cuando descargué el puño. A su lado temblaba una criatura tristísima, inconsolable y cadavérica — que debería ser su hijo. Es claro que en circunstancias tales aquél era sin duda un tonto.

—Usted perdone.

Debía suprimir el engendro y se reía. Un tonto, incuestionablemente.

—Eso es, usted perdone.

No hay nada sobre la Tierra tan irritante y estúpido como la tontería.

*
* *
*

Y se me ocurre pensar que de todos los pasos y todas las huellas nuestros pasos y nuestras huellas son los más importantes.

—Por lastimosos e inexplicables que sean —como dijo una tarde.

Puede que, debido a esto, uno guste de tostarse al sol, verse el cuerpo desnudo y saber con certeza que las mujeres hermosas nos desean.

*
* *
*

Las ceremonias pueblerinas, de no llegar a Dios —como me imagino—, sirven al menos para mostrarle qué dolorosa y lamentable es la especie humana; qué cándidos son sus pobres espíritus atormentados y qué urgencia vital tienen de buscar por todas partes un soporte, una ayuda. Sirven, positivamente, para que El se detenga con mayor calma a escuchar esta música de abajo y contemplar —no sé si fraternal, paternal o so-

carronamente— esos rostros extáticos, con la fe de los niños, y esos cogotes humanos que nadie ha explicado satisfactoriamente, y, que, en los pueblos de tan quemados y humildes parecen sarmientos. Las ceremonias pueblerinas sirven para que aquél que ha engañado a alguien comprenda bien qué cruel ha sido su engaño y para que los engañados arranquen el llanto al prójimo: el prójimo que llega y se detiene en suspenso como quien topa de pronto con una montaña. El prójimo de afuera —que a fin de cuentas da lo mismo.

He aquí una misa de pueblo o una boda. ¿Y qué es ello? Pero no hace al caso. El pueblo es fértil, oloroso y profundo. Hay, como en todos los pueblos huertas y perros y mujeres en cinta y acaso un río; y hay casas en ruinas y amplias sombras perfumadas y unas tiernas vacas melancólicas, con las ubres llenas de estiércol. Hay una plaza, algunas bancas y lo que hubo desde los primeros días: algunos hombres. Y mujeres. Y niños, en el peor espectáculo. ¡Oh, no, hable de los metales exquisitos! Me avergonzaría a mí mismo. Contra lo que se supone, no hay nada sensacional en la miseria; ni en la opulencia.

—Accidents will happen — dicen los ingleses. Y así es, ni más ni menos.

Pero seguid este diálogo:

—Yo te aguardaba.

—¿Me aguardabas? No sé quién eres.

—Todos nos conocemos o nadie se conoce; podía ser de este modo o del otro. El hecho es que te esperaba.

—Me alegra eso. ¿Así piensas?

—Así pienso. Te aguardaba de tanto tiempo atrás que ni recuerdo. Te tenía en mis sueños, en mis reflexiones, en mi angustia; te tenía en forma de una implacable esperanza que me desangraba. Sabía, pues, que llegarías, que deberías aparecer sin falta.

—Supongamos que he llegado.

—Has llegado, de hecho.

—¿Y bien?

—Te amo.

—¿Me amas?

—¿Te sorprende?

—Infinitamente. Quisiera creerlo.

—¡Ah, sí, créelo, porque es necesario.

—Lo creo y me alegra.

—No debiera alegrarte demasiado.

—¡No comprendo!

—Toma, pues, mi mano y escucha: Siento ahora mismo que la vida es infinita...

—¿Me explicarás convenientemente eso?

—Siento que alguna vez por alguna causa imprevista la vida de alguien sobre la Tierra no se extinguirá nunca; que sus pasos serán cada

día más firmes y que su voz se escuchará siempre con la continuidad y vigor de los ríos. Siento que hay una música que no concluirá jamás en el tiempo y que un mismo soplo de aire agitará hasta la eternidad el mismo árbol. Antójaseme, por no sé qué razones, que en el momento menos pensado se abrirá la tierra por todas partes como una misteriosa granada madura y que germinarán hasta en los riscos menos propicios flores y frutos desconocidos, aromas que nadie ha aspirado y formas nuevas en qué deleitarse. Para estupor del que sobreviva estallarán los viejos astros y surgirán otros nuevos y, a cada alumbramiento de éstos, el mar rebasará sus límites, arrullará las ciudades y el perfume de sus algas será tan intenso que se marchitarán los retoños en sus tiestos, aunque la juventud infinita les será otorgada a los hombres. Nadie hablará más de la hiedra en el muro, ni de la puerta en el muro, sino de la nueva montaña; nadie cultivará la hiedra, ni el enebro, ni las madreselvas, porque la tierra producirá unas flores azules de cristal que, trepando por la corteza de los árboles, derramarán su contenido sobre el que camina...

—Sigue, sigue...

—El amor, entonces, será muy distinto a lo que ha sido. Y también los placeres.

—Sigue, te escucho.

—No habrá cuatro estaciones, sino una sola: ni habrá años y meses sino un solo día; y habrá un solo viento, un céfiro nómada y perpetuo, tan blando que no turbará la llama pero suficiente para que con él se estremezcan las nuevas ramas y caigan sin violencia los frutos.

—Será la Primavera...

—Si quieres que así sea, que sea, pues, la Primavera. Y tú estarás sentada bajo uno de los nuevos árboles, y tu vestido será amarillo, y las escamas del árbol doradas, y sus frescas ramas azules, y sus frutos de un color que aun no existe. Tú estarás sentada, te digo, y te preguntaré qué extraña luz ilumina tus ojos. Y tú me responderás con un ademán de la mano, señalándome la montaña de enfrente. Yo miraré la montaña, arriba el río, y descubriré que es transparente y marina como un cuarzo, luminosa como un faro, resbaladiza como el hielo y tan bienhechora como una gota de agua. Te preguntaré más tarde de qué proviene el sombrío color de tus pómulos y me señalarás algo muy lejos. Miraré donde tú me indicas y descubriré el sol más extraordinario que jamás nadie haya visto: el sol será violáceo y áspero, orlado de crisantemos, y sus rayos serán ondulantes como las ondas del océano. Te revelaré secretamente que tu voz me suena extraña, que tu voz me asombra porque el lugar es

abierto y debiera sonar de otro modo, y me explicarás que no es tu voz lo que oigo sino el errante rumor del río, el hálito de tu pensamiento y el latido del corazón de las fieras. Tendré reparos en apresar tu cuerpo y, tú, tomando una hoja entre los dedos, la dejarás caer al abismo para que yo vea que ni las piedras más aguzadas pueden inmolarla. Tu humedad será ardiente, olorosa y sagrada. Será estéril. ¡Mira! Y goteará miel de las altas copas y la miel te arroyará por el cuello. Y yo beberé esa miel cristalina y los labios me arderán como fuego. Me arderá la garganta y el pecho. Y tú, esparciendo tus cabellos rosados, tan húmedos como la hierba, me dirás: “Descansa un poco, cierra los ojos y verás qué frescos”.

—O te diré: Solo a ti amo.

—También dirás eso.

—Y algo más: Tómame, aunque me muera.

Se interrumpía el diálogo o, más bien que interrumpirse, cedía y se hacía imperceptible porque la música en la iglesia tronaba de tal suerte como si los engañados, en una demoníaca y subterránea revelación, hubieran descubierto la ignominia y vociferaran en el templo apretando los puños y crispando los dientes contra aquél que predicaba. Algo —un milagro, una mirada o el resplandor de una casulla y un rumor de cam-

panillas lejanas— apagó el estruendo y se oyó a la multitud caer de rodillas arrepentida.

—¡Gloria a Dios en las Alturas! — entonaban.

Y el diálogo ya no parecía el mismo:

—Es triste esa música.

—Y es triste la vida.

—Y es triste que así sea todo.

Hablaban los clarividentes.

—¿Por qué llora la plebe?

El respondía:

—Porque temen.

—¿Por qué toca esa música?

—Para acallar los temores.

Pero insistía:

—¿Qué temen?

—Ni ellos mismos lo saben.

—¿Temen a Dios?

—Temen por sí mismos. Saben que han de morirse.

—El alma se revela demasiado pronto.

—Son, pues, inteligentes. ¡No lo parecen!

—Viven simplemente. Se palpan.

—¡Quisiera dejar de oír esa música!

—¿No te agrada su ritmo?

—¡Quisiera dejar de oír esas voces!

—Ya callan.

—También yo tengo miedo...

—Estás blanca.

—Déjame apoyarme en tu hombro.

—O apóyate en mi pecho. ¡De nada sirve!

—Tengo miedo, mira.

Y él miró y advirtió que se encontraban en una calzada polvosa, dilatada hasta la angustia, con unos árboles preñados de aire tibio y unas casas de color pizarra. La calzada se prolongaba hasta el horizonte y como que a lo lejos se divisaba un muro; mas podía ser otra calzada más alta, alguien tendido en mitad del arroyo o un sarmiento calcinado. Podía ser asimismo un viajero que volvía y a quien la puerta no había sido abierta. O algo incorpóreo.

—¡Protégeme, tengo miedo!

Y él la protegía, sin disponer de protección alguna para sí mismo.

—Es un horrible camino, ciertamente.

El polvo y la hiedra mustia envolvían totalmente al pueblo. Diríase que, de pronto, una vegetación infernal había dado en brotar por todas partes, y que la iglesia, y la plaza, y los bronce, y hasta los mismos engañados y las ubres de las vacas se volvían rígidos y crecían crecían hasta lo imposible adoptando las más extravagantes posturas.

—Es un horrible camino.

Y lo era. Ambos lo sabían y se quedaron así, quietos, uno contra otro, esperando dilucidar si



lo que obstruía la calle era un viajero, un sarmiento o un muro o bien esperando también a que de lo alto cayera una gota de agua, una sola, y que esa gota hiciera germinar de entre el polvo no una flor nueva, de cristal azul y muy olorosa, sino una florecilla cualquiera o una manzana muerta de esas que uno pisa sin reparar en ellas cuando va por el campo aspirando el aire fresco.

*
* *
*

—Hay algo tan humano e íntimo como es la escarlatina o un buen plato de alubias que todo

eso que estás parloteando me parece inoportuno y necio.

Fué —lo recuerdo— con motivo de una acalorada discusión sobre Arte.

*
* *

En memoria mía.

*
* *

—...y cumplir, en fin, con sus deberes.

No he cumplido; pero lo hubiera hecho, en efecto, y las horas serían igual de lentas, de rápidas, de dulces o miserables. Todo el mundo debería tener noticia de esto último.

*
* *

Mas he aquí que entra Yumi, el jorobado; y no precisamente el de Eremburg. ¡Excelente tipo! Entra como acostumbra siempre, pisando suavemente la alfombra con sus desproporcionados zapatones llenos de barro y guiñando sin cesar un ojo, del color de las maderas viejas. Es-

toy seguro que si, como aquél, supiera tocar el violín o algún otro instrumento semejante, llegaría en las tardes con el estuche bajo el brazo y, en la cómoda penumbra de mi alcoba, se pondría a tocar algo muy triste o muy alegre, con sus pequeñísimos ojos en blanco. Como conservo generalmente la puerta abierta, le veo venir desde lejos a lo largo de un estrecho pasillo. Es anguloso y deforme, de nariz roma y boca singularmente apretada y larga. Pisa con los pies abiertos y camina por costumbre con las dos manos en los bolsillos. Pienso que a últimas fechas su abdomen y su giba han aumentado de volumen, y él lo sabe y procura no dejarse ver mucho de la gente. ¡Extraordinario Yumi!

—Trae acá esa butaca y siéntate — le digo.
Tiene cara compungida.

—¿O has bebido mucho?

Puesto que así lo prefiere iremos a mi biblioteca. Es caprichoso el hombre y sospecho que alguna confesión especial quiere hacerme. O quizá intente pedirme dinero.

Bebe ajeno.

—¿Y no has vuelto a inventar historias?

Parpadea.

—¡Habla cuanto se te apetezca! — respondo.
Está sentado junto a una ventana, con las pier-

nas incómodamente cruzadas, dejándome ver sus burdas suelas de goma.

—Yo no tengo fe en las historias, tú sabes. Las historias se leen y a lo mejor nos divierten, siendo que si las vivieras te partirían el alma. Tú inventas una deliciosa historia y la gente te lo agradece; pero nadie sospechará ni remotamente cuántas lágrimas derramaste al escribirlas o qué alegría te embargaba entonces. “¡Es un tipo inteligente!” — dicen. Eso es todo.

Algo se traía entre manos Yumi. Era de lo más sosegado.

—Por el contrario, cuentas una historia que te ha ocurrido y la gente te aparta de un matazo. O ni atiende como fuera debido. Puede ser que dependa de que no cuentas las cosa con la propiedad que el buen gusto exige. ¡Pues mucho peor, entonces! Quiere decirse que el interés de las historias está en las palabras. ¡No lo entiendo, de veras!

Tentaba el filo de la copa y se frotaba sus flacas manos de avaro.

—¡No es mal asunto, después de todo, traerse a cuentas una giba! — Y se contrajo un poco buscando la luz azul del cielo.

Le interrumpí:

—Cuenta ya eso.

Me sonrió, confiado, y echó un sorbo. Cuan-

do era presa de alguna emoción importante sobaba su giba contra el respaldo del asiento y parpadeaba más rápidamente que otras veces.

—¿Te lo cuento? ¡Es excelente! Sí, creo que voy a contártelo.

Me dije:

—“Con tal que no haya asesinado a alguien. ¡Pudiera haberlo hecho!”

—El caso es que uno no sabe cómo suceden las cosas, verás. Ayer fué un día terrible. ¿Por qué sería así, Dios mío? Habíamos comido mi mujer y yo en paz — y comido muy bien, te lo aseguro. Un pescado... Entonces le dije: “Creo que sí voy a poner la relojería”. Como padece de reuma, esto le pareció digno de aplauso. “Tendremos una sirvienta —calcularía— y yo podré así levantarme más tarde y ponerme los paños que me ordena el médico”. Muy bien, no me comí las espinas de gusto porque supuse que me habrían hecho daño, pero las limpié perfectamente y formé con ellas un montoncito sobre el borde del plato. Hubiera aceptado otro trozo, desde luego. Por la tarde me fuí a la calle y no volví a pensar más en la relojería. O sí pensé, ¿para qué mentirte? Pensé hasta que me dolieron los sesos. Me aburrió aquello. ¡Al diablo la relojería! Ya al oscurecer, me metí a una taberna y bebí una cerveza. “Tal vez con la cer-

veza pusiera el establecimiento” — me dije. ¿Comprendes? Bueno, pues pedí otra. Y otra: ni una más. Cuando salí era ya de noche y el asunto no me pareció tan urgente como para echarse a tocar puertas y más puertas y trastornar a los vecinos. Caminé un buen tramo, porque la taberna está lejos. Entonces comenzó a llover como si dieran palos y apreté el paso. Viendo que mis zapatos no estaban en buen estado, comprendí sin mayor esfuerzo que la relojería debía ponerse. Y me supuse que a tales horas mi mujer andaría con el reuma, espantando las moscas... “¡Pobrecilla! —me dije—. Llevamos treinta años de casados y las cosas no deben seguir en tal estado”. Te darás cuenta: llegué algo compungido.

—Ea, mujer —le solté sin ningún preámbulo—, creo que el local lo tendremos mañana mismo.

No se quejaba, pero traía un pañuelo untado de algo y sujeto a la cabeza.

—También mañana, en cuanto amanezca, iré a hablar con quien tú sabes.

Y aquí viene lo grave. Alguien, de pronto, me dijo:

—“No mientas, Yumi. Tu mujer sufre con el reuma y tú sabes que nunca pondrás ese establecimiento. Haces mal en ilusionarla”.

Era cierto, amigo. Pero escucha bien para que lo entiendas todo.

—¡Sí lo pongo! — grité.

Y la enferma dijo:

—No grites, hombre. ¡Me alegro!

—¡Que sí lo pongo, te digo!

—Mejor te callas o te vas a otra parte. ¿A eso vienes?

Mi mujer no es una beldad, que digamos; pero nunca me había irritado. Es así de alta. Y terca...

—¿A eso vienes?

Yo debí mostrarme más razonable y no olvidar que le dolía la cabeza.

—¡Vaya, lárgate de una vez al diablo!

Y se puso a llorar.

¡Perfectamente! Pues tardó más en soltar la primera lágrima que yo en ponerme en pie y darle un manotazo con todas mis fuerzas. ¡Fíjate bien y no lo olvides por si algún día te resuelves a escribirlo! Como supuse en aquel momento que con la mano abierta no le haría bastante daño, la cerré furiosamente y continué golpeándola. Se le cayó el pañuelo y la camisa por un hombro. “Ahora mismo le arrancaré los cabellos”. Soy un perdido.

—¡Me matas, Yumi! ¡Me matas! —gritata—. ¿No te das cuenta de lo que haces?

Estaba ciego.

—¡Toma, toma! Y no acabaremos en toda la noche. ¡Toma! ¡Ahí tienes tu establecimiento!

Nadie habrá golpeado a un ser humano de esa forma. Ni se defendía; pero podía muy bien haberme matado. Y esto me exasperó más. Mientras la azotaba me venían a la cabeza ocurrencias extrañas: mis zapatos hechos una lástima, la nalga de mi mujer con el reuma, las espinas del pescado y un policía que decía por decir algo: “Pon sin falta lo que te propones para que tu mujer pueda tener una sirvienta”. Es natural que me fatigara y que la piel se le llenara de cardenales. Me dolían los huesos.

—¡Toma! ¡Toma! Y no tengas ninguna prisa porque me quedan fuerzas de sobra.

Tranquilízate: no la maté. Pero la noche entera se la pasó tiritando. Un poco antes de irse a dormir marchó al baño y volvió sin sangre, ya con el pañuelo atado a la nuca. Le pregunté, por entre las mantas:

—¿Te punza mucho la cabeza?

Tenía hipo.

—No mucho, Yumi — me dijo.

¡Con qué gusto vi entrar el sol por las rendijas y pensé que los comercios estarían por abrirse! “Ya todo el mundo trabaja e iré a verlo cuanto antes. No me pondrá la menor traba”. Y

vine. ¿Tú aciertas a suponer por qué hice eso anoche? ¡Yo tampoco! ¿Piensas realmente que sea un perdido? ¡Yo, no, desde luego! ¿Y sabes lo que sufría? Ni cuando enterré al pequeño. Y volveré a pegarle cualquier día de estos, no hay remedio. ¡Hasta con un garrote! Bueno, pues así lo han hecho a uno...

Yumi se empequeñeció en el fondo del gran sillón de cuero como si la sombra del atardecer o el dolor lo fuesen absorbiendo.

—El caso es...

O se miraba las suelas o las manos.

—Con cualquier cosa tendría suficiente: es para unos crisantemos. ¡Le gustan!

*
* *
*

—Ni una vez ocurrida tu muerte sucederá en el mundo nada extraordinario. ¿Qué especie de temores, pues, te detienen en vida?

Nadie habría acertado a replicarle.

*
* *
*

Dura tan poco la lluvia que la calle es ahora más polvorienta que antes. El lodo se ha rese-

cado, los troncos se han ensanchado otro poco y el color de los tejados es prácticamente irresistible. Quedan, pero muy leves, las huellas de aquellos que habían salido con sus mecedoras o sus sillas y la camisa entreabierta para que los refrescara la lluvia. Por entre el polvo, descúbrese a largos trechos la punta de algún cigarrillo. Tras las cortinas echadas se transparentan las complacientes figuras de algunos hombres que se mueven, con grandes libros en las manos. Escasamente alguno descorre los visillos por una punta y asoma la nariz a la calle. Lo hacen indeciblemente, sin curiosidad y menean levemente la cabeza.

¿Esperan a alguien? ¿Me ven pasar? O simplemente se preguntan:

—¿Hasta cuándo durará el polvo en el camino?

Las mujeres deben hallarse más ociosas o atareadas, pues no he sorprendido a ninguna. Es evidente que les preocupa menos el aspecto general de la calle. Tal vez zurzan o ríen o languidezcan o se vistan prematuramente de luto. El amor en aquellas viviendas color pizarra no debe ser exquisito. No sé por qué se me antoja que sus catres serán muy duros, la atmósfera pesada y que los corazones no experimentarán la ansiedad conveniente. Ignoro si los prisioneros

tengan relojes, mas, en tal caso, los mirarán de tarde en tarde. El tiempo es un principio sin significación para el hombre y en esta calle lo han aprendido. Han aprendido, incluso, que la lluvia es un bien transitorio y que lo único que procede hacer es sentarse a la intemperie y dejar que aquella resbale libremente sobre nuestro cuerpo. Agradecen el agua; mas comprenden de qué poco sirve. Nadie ni nada limpiará por mucho tiempo el polvo del camino, alegrará los sarmientos en sus jardines y hará perdurar por un día siquiera el regocijo en las almas.

—¿Qué pasa y quién es ese?

Comienzo a intrigarles. Ved a aquél, con la nariz de pato contra el cristal.

—Ni orgullo le queda, pues contemplad sus zapatos — musita. Y otro ser a su lado se mueve—. Tuvo reputación —o la tiene— y muy mal ganada: fué un criminal, se ve en sus manos. Admiraba el campo abierto, los ríos caudalosos, las tardes invernales, y todo eso lo ha dejado atrás indefinidamente. Tuvo un amigo y se compadeció de él. ¡Alguien podrá agradecerse! Lo recuerdo una noche, dentro de su frac anticuado, enderezando las ancas y sepultando el abdomen para mostrarle a una dama que encantado se sentía con sus ojos. Aborreció, amó y sintió envidia y debido a esto vedlo ahora ca-

minar con los hombros caídos, como si fuera un anciano. Practicaba la caridad y aun sus monedas ruedan. Por ingratitud, alguien lo recuerda. Por gratitud, muy pocos lo han perdonado. Pretendió vengarse, mas pospuso la venganza para una fecha que ya nada tuvo remedio. No fué un héroe, y en esto lo aplaudo: mucho antes lo hubiéramos conocido. Tampoco fué un asceta, un morigerado, sino que sus dientes mordieron con fuerza en las frutas y flores más exquisitas. En cuanto a legalidad, dejó un testamento y tres hijos legítimos. Mas de nada sirve que la langosta y la ternera subsistan, y que nuevos y muy lujosos restaurants se abran al público, y que los hombres descubran nuevos manjares, puesto que el polvo del camino ha arruinado su apetito. Fué un secreto su temor de Dios, mas en secreto se queda. Como testimonio de su talento deja un buen montón de papeles y, en prueba de sus dotes filiales, solía acompañar a su madre tullida por las tardes. Tuvo amores y hermosas citas secretas. En tanto oía, escuchaba música: ni la música que escuchó queda. Y aprendió que la lluvia es una espantosa esperanza, descubriendo hasta muy tarde que escasamente tiene cierta utilidad para los labradores. ¿Lo veis bien? Y abominó del mal gusto, de la necedad de las gentes y de la hipocresía de quienes

lo rodeaban: ellos quedan y él se marcha. ¡Ni siquiera huye! Vedlo, vedlo, vale la pena. La belleza, el ingenio, la agilidad, el regocijo, la sinrazón, el fastidio, la devoción, los celos, la salud, la ira, el egoísmo, la exaltación, la pesadumbre, la sed, sus zapatos nuevos... todo lo ha perdido, lo ha dejado. ¿Voluntariamente? Ah, él piensa recuperarlo pronto, volviendo sobre sus pasos. Piensa que volverá, porque confía que la puerta aun no le será abierta. Pero, ¿veis lo que ocurre desde esta ventana? Es doloroso que un alma compasiva no lo haya prevenido a tiempo.

Y me digo:

—¡Quién quita y hoy sí sea el día!

Verdaderamente lo único que me preocupa ante la inminencia es que al otro lado de ese muro y esa puerta continúe la calle polvorienta y desolada. Nadie puede anticipar —a pesar de todas las conclusiones— hasta qué punto un amo puede ser cruel y despiadado con sus subordinados.

—Veamos.

¡Al diablo el hombre aquel de la ventana!

EN LOS TALLERES DE BARTOLOMÉ
COSTA - AMIC, SE TERMINÓ DE IM-
PRIMIR EL 22 DE AGOSTO DE 1946,
EL VIGÉSIMO CUARTO NÚMERO DE
LA COLECCIÓN "LUNES", QUE EDI-
TAN PABLO Y HENRIQUE GONZÁLEZ-
CASANOVA.

